# RECURSOS LINGÜÍSTICOS CULTOS Y POPULARES EN *CUENTOS CON GUSANO DENTRO*

Miguel Á. REBOLLO TORÍO
Universidad de Extremadura

La lectura de la obra de D. Alonso lleva, en un primer momento, a la sensación de que escribe como hablan las personas «normales», las de la calle. Sus relatos parecen transcripciones sacadas de diálogos. De hecho, los textos no tienen la estructura formal del diálogo, sino la más corriente, vulgar y simple (en apariencia) que corresponde a las personas que hablan, se interfieren, se interrumpen sin pensar en que nada más se interponga en ese fluir conversacional. D. Alonso ahonda en esa impresión con sus puntos suspensivos, sus signos gráficos de admiración, las preguntas, muchas de ellas retóricas, propias de ese lenguaje hablado.

El propio escritor se siente contaminado por el lenguaje de sus personajes[1]. Así, al final de los *Cuentos con gusano dentro*, en la recopilación que hace dice de sí mismo el narrador:

> ¡Ay, don Vicente, ayayayay, que ha picado usted...! ¿Se da cuenta de que ha estado usted hablando lo mismito que sus personajes? Sin parar; fluencia sin diques, dándoles vueltas a los desencantos próximos y a las alegrías lejanas, del libro, usted, académico... ¡Ha caído preso de sus charlatanes, mi querido amigo...! Al oírle, escuchaba yo a doña Amparo y su Cuarto Centenario, a Irenona, regresando fatigada y cojeando de la larga espera por los Reyes Magos; oía los suspiros entrecortados y afanosos de las sobrinas de don Javier, tan sabio, tan pelma, tan contradictorio, vamos, tan gilí. Oía a la mamá de Arturito sacudiéndole como a una estera, cosa en la que lo habían convertido en la visita del Presidente de una república con río... ¿Es que diría otra cosa Fabiana para narrar su escapatoria del otro mundo y haberle tomado el pelo al mismísimo Satanás? Se le veía a usted la conversación con los propios fantasmas, como le pasaba a Úrsula... ¿Cómo dio usted con el matrimonio Avellaneda Frescalí, nombre de chambi valenciano? ¿Cuántas veces, en sus viajes por Europa, se le habrá planteado la duda ante el letrerito de una caja automática de comidas, e incluso ha apartado usted la vista de allí, para no gastar y poder comprarse

1 Una sensación de la que no escapan los escritores. Recordemos a Unamuno, cuyos personajes cobran vida propia.

> un libro que ha visto en un escaparate...? Ya ve, libros, cosas, todo inútil ahora, cuando empezamos a loquear... Siempre le quedará la compañía de la señora Navazos, obnubilada por el hallazgo arqueológico de su hijo, tan trabajador... ¿O tiene usted los sepulcros de Caín y Abel en casa...? ¿Prepara usted su vida como Palmirita la venida de su hijo, en el pajar, y se acelera usted de mal humor como el *Potingues* y sus trasplantes de lejías, y como Robertito, empeñado en proporcionar vivienda caliente a los lagartos, fieras de sangre fría...? Ahora verá usted lo que es negociar, y no las discusiones de los que disponían los pactos pro animales desventurados, y se sonreirá usted plácidamente al oír a Genita recitar sus hallazgos en las oposiciones... Todos, todos se le han sublevado, están riéndose de usted, libres ya, independientes ya, se burlan de sus goteras, ellos seguirán en su juventud o en su ancianidad, parados en el instante en que usted los lanzó a la página, se sienten eternos, mientras que usted ¡sufre unos canguelos...! Menos mal que, por su sordera, no podrá usted oír todo lo que dicen, que le dedican unos cariños que para qué...! Y llevan razón, usted no ese ha vuelto a preocupar de ellos ni poco ni mucho. Usted mismo, hablando de usted, se encaró con la niebla, se encerró en ella, aquella tarde de febrero, ya es usted solamente eso, niebla, niebla... Ellos viven ahora su orfandad...[2]

El texto es largo, pero se justifica porque ofrece un resumen de todos los relatos del libro y, con un guiño, se le dice al lector que el académico, autor de los *cuentos*, habla «lo mismito que sus personajes». Muy significativamente, esta última parte se titula «Volver a casita, a pie que sea...»[3].

Los estudiosos de la obra de D. Alonso ya han hecho notar esta característica, la de la aparente sencillez que provendría, sólo en apariencia, de una buena oreja a la hora de reproducir lo que se habla por la calle. Así, L. Romero Tobar comenta que:

> El autor emplea las más innovadoras técnicas de la narración con esa rara sagacidad del escritor que hace parecer fácil e inmediato lo que es resultado de un trabajo inteligente e implacable[4]

Y uno de los mejores conocedores de la obra de Zamora Vicente, J. Sánchez Lobato escribe:

> La lengua aparentemente nos viene dada como si el magnetófono hubiera sido el encargado de la redacción, pero nada más lejos de ello, ya que la aparente sencillez es fruto de una perfecta simbiosis entre el habla coloquial y la artística[5]

Me parece necesario destacar unas notas que ambos críticos indican: la *sagacidad* y lo *artístico*. No estamos ante un escritor que salga a la búsqueda de historietas con un magnetófono en mano dispuesto a diseccionar vidas de manera similar a la del Diablo Cojuelo. En Zamora Vicente hay mucho trabajo, una labor casi de orfebrería, en la que se funden elementos popula-

2 Zamora Vicente, Alonso, *Cuentos con gusano dentro*, Palma de Mallorca, Bitzoc, 1998, 143-144.

3 Enunciado que contiene una forma concesiva nada frecuente en el habla actual: «a pie que sea...» = «aunque sea a pie».

4 Romero Tobar, Leonardo, «Introducción de» A. Zamora Vicente, *Suplemento literario*, Madrid, Austral, 1984, 10.

5 Sánchez Lobato, Jesús, *Alonso Zamora Vicente*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1982, 41.

res con otros buscados con gran agudeza para, al final, dar esa impresión de descuido, de lengua coloquial ofrecida al lector sin intermediarios.

Para verificar estas cuestiones, lo mejor es analizar su obra. Me he ceñido a *Cuentos con gusano dentro*, conjunto de relatos que ofrece una coherencia subrayada, como se ha mencionado, por ese colofón en el que el propio D. Alonso (D. Vicente en el *cuento* para ser más exacto) irrumpe en los relatos y los cierra con-fundiéndose con sus personajes.

La impresión primera que se obtiene es la de estar ante un escritor que emplea, con exclusividad, los recursos propios de la lengua coloquial. Por eso, sería de esperar el apoyo de todos los recursos que son propios de este nivel. Por ejemplo, parece que las frases hechas tendrían que ser muy abundantes[6]. Y es cierto que las hallamos, pero no llegan a ser una «exageración». Su empleo, y, sobre todo, su deformación, inciden en el lenguaje coloquial. Como es sabido, las frases hechas se memorizan en bloque, no son susceptibles de cambios[7], pertenecen a lo que E. Coseriu denominó el «discurso repetido», de modo que los hispanohablantes detectamos las alteraciones que puedan darse. Por eso, el escritor puede servirse de este recurso para llegar a ciertos efectos con la complicidad del lector[8].

Dentro de las frases hechas inalteradas aparecen unidades como éstas[9]:

A lo hecho, pecho (57)[10]
Aquí, si no se presume, hasta los cojos te pisotean (69)
Aquí todo se hace para aparentar, por lucir tierra en La Habana (40)[11]
Armas al hombro (42)[12]
Ciertos eran los toros (13)[13]
Con su pan se lo coma (68)
Cuando el río suena (32)
El mejor escribano echa un borrón (43)
El que venga atrás que arree (37)
En Roma se han puesto muy chinches (40)
Gastar una empanada (17)
Hacer la cusqui (70)
Hacer tilín (20)
Hay gato encerrado (25)

6 Que las frases hechas forman parte básica del nivel coloquial da justificación el que todo un capítulo, el 7, del libro de Briz, Antonio, Grupo Val. Es. Co, *¿Cómo se comenta un texto coloquial?*, Barcelona, Ariel, 2000, se dedique a la fraseología. Su autora es Ruiz Gurillo, Leonor. Allí esta investigadora escribe: «Su importancia [el de las unidades fraseológicas] en la conversación coloquial es palpable: sirven para expresar acuerdo, enfado, sorpresa, rechazo, solidaridad, etc.», pág. 182.

7 Sí es posible alterar sus componentes, pero sólo en casos muy concretos y hasta ciertos límites: *tomar/coger las de Villadiego*, *pasarlas canutas/moradas*, etc. Véase, para estas y otras modificaciones posibles, la abundante bibliografía (desde los trabajos clásicos de A. Zuluaga hasta los más recientes de Leonor Ruiz Gurillo, Gloria Corpas y G. Wotjak)

8 Vid. la manipulación sobre las frases hechas en Joaquín Belda para conseguir la comicidad. Remito a mi artículo: «Notas sobre la lengua de Joaquín Belda», *AEF*, 1982, núm. V, págs. 153-165.

9 La delimitación de las frases hechas es muy compleja y su clasificación también. Opto por un criterio amplio, en el que entren todas las unidades que pueden ajustarse al aprendizaje memorístico, en bloque.

10 Entre paréntesis indico la página donde se halla la cita (siempre por la edición mencionada en la nota 2).

11 Se entiende la frase hecha, pero no es frase habitual en el español de hoy.

12 Señala a un personaje que está en todos los actos y festejos, de donde surge ese «y demás armas al hombro», frase procedente del ámbito militar.

13 El cambio del tiempo verbal no supone ninguna alteración.

Ir viento en popa a toda vela (37)
Me importa un pito (84)
Me preguntaba si no sería mejor liar el petate de una vez (48)[14]
No dar en el quid (34)
No ser moco de pavo (84)
Se acabó lo que se daba (13)
Tener más pesquis (21)
Tirios y troyanos (34)

Pero las que ofrecen algún cambio son de mayor riqueza por el giro inesperado que ofrecen. Las posibilidades son varias. En ocasiones se encadenan dos unidades:

A lo hecho, pecho, y aguantarse es muy sano (12)
El que no corre vuela, y si no tienes padrino, no te bautizan (18)

El alargamiento con otra frase hecha más no deja de provocar una extrañeza. La segunda refuerza el significado de la anterior. No es estrictamente una alteración, pero sí supone un cambio en la escritura. Se podría decir que el refuerzo resulta un tanto excesivo[15].

En otras ocasiones sí se produce un cambio total:

Entre col y col, ¡qué lechugazos, mi niña...! (80)
No tiene dos tortas al bies (78)
Patitas para qué os quiero (21)

En el primer ejemplo, tras la «col y col», el lector espera el término «lechuga» (pues conoce toda la frase hecha: «entre col y col, lechuga»), pero Zamora Vicente modifica el término con un aumentativo y, además, cambia la frase con una superlación exclamativa («qué lechugazos»). En el segundo caso, «no tener dos tortas» es considerar en poco al adversario, pero disminuirlo con un «al bies» implica degradarlo mucho más. El lector no espera más tras las «tortas». La secuencia de «al bies» llama la atención. Por último, los «pies» con los que se tendría que iniciar la unidad han sido sustituidos por las «patitas». Al alterar la frase desde el principio, el lector tiene que recomponer esta unidad por lo que sigue, es decir, ha de retornar al inicio y pensar en «pies para qué os quiero». En los dos primero ejemplos, la modificación surge al final (inesperada una, por innecesaria; sorpresiva la otra, por no ser la adecuada), con lo que el lector no necesita reiniciar la lectura, pues comprende desde el comienzo que está ante una frase hecha, a diferencia de lo que pasa con el ejemplo del final.

Estos cambios en las frases hechas muestran un escritor que transforma esas unidades con el objeto de llamar más la atención del lector. No es inhabitual en el español coloquial alterar las frases hechas, pero suele ser muy limitado y casi en plan jocoso (del tipo «ojos que no ven, semáforo que te saltas»). Por el contrario, aquí hay una recreación del escritor. Y esto no es algo que se recoja con un magnetófono por la calle. El lector hallará más frases hechas, pero no son tan abundantes como, en principio, pudiera parecer.

Otro capítulo aparte merecen los pseudolatinismos. En ellos no hay nada de popular. Son mezclas muy divertidas, procedentes de quien sabe latín y español. Véanse, por ejemplo, los casos siguientes:

14 Aquí se entiende como 'morir'.
15 Recuérdese cuando Sancho encadena un refrán tras otro y la actitud de D. Quijote.

Altero filio Adamis Evaeque, extinto más poco después, aquí dormitat, Segundo Izquierda (22)

Inmortalis bonissimum Abelis terminatus fuit. Erreipé (20)

¡Lagarte, lagarte! Exite foras, ad putam estrassen pedes tuos encaminatur (33)

Per secula seculorum amén (24)

Salvo el «per secula...» que sí se vincula a la ceremonia del rito católico anterior al Concilio del Vaticano, las demás son creaciones del escritor[16]. En la segunda, se permite cambiar el conocido «rip» (*requiescat in pace*) por la palabra deletreada: «erreipé», con tilde. En la primera, mezcla español con latín. En ambos casos es una burla, pues se sitúa el latín en los momentos de la creación del hombre según la Biblia. A los pseudolatinismos se añade el anacronismo. Más curiosidad e interés tiene la tercera. El párroco trata de conseguir que un lagarto, introducido por un niño entre la ropa de una señora, salga fuera. La fórmula del cura se parece a un exorcismo[17], pero el escritor juega con los nombres de «lagarto» y «lárgate», de donde el híbrido «lagarte». Y para mayor burla, un clérigo, a quien se le supone un habla libre de palabras barriobajeras, le pide que se vaya «ad putam estrassen», que no hace falta traducir. La 'calle' está españolizada con la *e-* inicial, inexistente en el alemán, pero además está falseada de una manera curiosa: «putam» tiene la apariencia del acusativo, indicado por la terminación en *-m*, luego es necesario que el sustantivo falsamente latino sea también acusativo. Ahora bien, en lugar de colocar una *-m*, Zamora Vicente añade la consonante nasal *n*, que es la forma del plural en alemán. Así se obtiene un híbrido extraño.

La ingente cantidad de comparaciones que introduce Zamora Vicente en sus relatos constituyen un elemento claramente popular. Algunas son de uso muy corriente, fácilmente reconocibles; otras, en cambio, son más rebuscadas, más alejadas del nivel popular:

Agapito no es tan... tan tantan como tú le pintas (84)

¡Anda, que no llevas vendajes ni nada...! ¡Talmente una momia endomingada....! ¡Pareces un farón de tebeo, rapaz...! (115)

¡Ánimo, no es el león tan fiero como le pintan...! (127)

Aquí me tienes en casa como perpetuo estorbo (128)

Cabreo como la copa de un pino (64)

¡Desagradecido, como buen español! (25)

[El infierno] está mejor [organizado] que esta olla de grillos de aquí abajo (49)

El médico amigo me encontraba como una rosa (141)

Empleaba el nombre de otro académico, tan cargante como él, Alonso Zamora (43)

En dos meses te quedas esbelta como un espárrago de buena casta (58)

¡Eso, eso, igualito que se hacía con los huevos...! (25)

Esos que cambian de mujer como de camiseta (77)

¡Estás hecho un arenque, arenquísimo con anemia! (24)[18]

16 La grafía no es la del latín porque ha eliminado la escritura del diptongo *ae* de «saecula saeculorum» a favor de *e*: «secula seculorum».

17 En el relato se alude a «exorcismos», por lo que la ironía es mayor. Resulta incongruente exorcizar para expulsar no un demonio, sino un lagarto que, sin duda, no puede *poseer* a nadie.

18 El superlativo en *-ísimo*, aplicado a una base nominal aquí, es propio de empleos jocosos (cfr. *Cuñadísimo*, *hermanísimo* y similares). El *arenquísimo* tiene una finalidad burlesca.

[Este viejo que] encuentra el pan como berroqueña, y los croasanes rancios, y la mermelada más sobajeada que *la Cumparsita* (140)

Fanny, aunque parece nombre de perrita lujosa y mal educada, es una chica de Huelva (92)

Fue la apoteosis de Genita, talmente una tragedia griega (73)

Hablará como las propias rosas (14)[19]

Hacía unas digestiones más turbulentas que un ciclón antillano (141)

Han cumplido su papel en libertad, como usted, como yo, como aquel que fuma y se sotorríe (145)

[La nota de piano] llega como una caricia alicorta, temblorosa, imprecisamente sonreída (142)

La poli estuvo buscándola como loca (122)

Los extraterrestres (...) ¡Como emigrantes de esos que traen los periódicos! (83)

Los sobrevivientes echaron a correr detrás del perro, parecía la invasión de los bárbaros (21)[20]

¡Natural, como el vino! (26)

No tenemos más ayuda que el canguelo de cada cual (25)

Oía a la mamá de Arturito sacudiéndole como a una estera (143)

Pues cuando los tíos y las tías sudan la gota gorda y jadean como la camioneta del reparto (96)

Pues, Sacra, sigues tan gestera como cuando mozuelas (59)

¡Qué flacucho andas, tú! Pareces un suspiro nocherniego (23)[21]

Sale tan requetebien. ¡Como la seda...! (67)

Se ve que, en respuesta por rascarme, se me pone la cara como una lombarda a la vinagreta (141)

Ser académico es como asomarse a una ventana de la plaza esperando ver América (12)[22]

¡Sí, tiene usted toda la razón, más que un santo! (29)

¡Tan atrasados estamos que no podéis disponer de un laboratorio como Dios manda...? (25)

Tener a tirios y troyanos como uña y carne (18)

Todo fue interpretado como una soez tomadura de pelo (52)

Y el corpiño de escamas doradas, talmente una loriga medieval, de esas que enseñan en la Armería Real (56)

Y eso que es tan verdad como la luz del sol (90)

Y se me salía una hernia como una sandía (141)

Hay una gran variedad de comparaciones. En algunos casos se recurre a un nexo muy popular, «talmente», pero el resultado puede variar si a continuación el elemento comparado es algo tan ajeno a nuestro mundo como una «loriga medieval». Otras veces, las comparaciones son muy manidas: «como Dios manda», «olla de grillos», «la copa de un pino», «la seda», «la

19 Más que «hablar» sería «oler». Parece un error por ultracorrección del personaje a quien se le atribuye la frase.

20 Considero comparación toda construcción en la que aparezcan dos términos unidos por un elemento que establece la vinculación. Puede ser el usual de «como», pero también el de «parecer», como en este caso, y otros posibles.

21 Es una excelente comparación... creada por Zamora Vicente.

22 La comparación resulta sorprendente, pero impropia de los niveles populares.

luz del sol», «una sandía»..., que, en efecto, son oídas por la calle. Pero Zamora Vicente las puede recrear como sucede con el «arenque», convertido en «arenquísimo con anemia» o esa cara convertida no en una «lombarda», cuyo colorido bastaría para explicar cómo es esa cara, sino en una «lombarda a la vinagreta». Algo similar sucede con la esbeltez de un «espárrago», que no le basta al escritor, y apostilla «de buena casta». La similitud entre la persona flaca y el «suspiro» es bien conocida, pero la adjetivación de «nocherniego» nos lleva a otros niveles de lengua pues ese adjetivo no es nada popular.

En suma, «estar como un arenque» o como un «espárrago» pasa por popular porque lo es, pero Zamora Vicente matiza esa comparación de un modo tan «natural» que sigue pareciendo popular, cuando es aportación suya. Sin ninguna duda, en Zamora Vicente se da una perspicacia grande para imitar y hacer creer como propio del acervo de todos lo que es creación suya. Así, la comparación de la mermelada «más sobajeada que *la Cumparsita*» de apariencia totalmente popular, que podría incluso pasar como tomada del habla de Argentina (y comprensible en España, pues la canción es muy conocida), no parece que sea propia ni siquiera de ese país. Sí se documentan allí unidades del tipo «eres más viejo que la Cumparsita» y «estás más usado que la Cumparsita», pero no, al parecer, la que aquí propone Zamora Vicente (con todas las salvedades, pues don Alonso conoce muy bien Argentina). Es más, «sobajear» es un verbo desconocido en aquel país[23].

El cuarto elemento que trato en este análisis de lo culto y lo popular en Zamora Vicente es la formación de palabras y el uso de ciertos términos, que evidencian una atención extraordinaria hacia la lengua.

Veamos, en principio, usos de determinadas palabras:

*Ardimiento* (34) en lugar de la forma más común 'hoguera'[24].

*Epitafio* (18), dicho por quien se plantea si *cavar* y *excavar* se escriben con uve, no es una palabra propia de tal personaje.

*Fané* (20) está en boca de la misma persona que alude a *epitafio*.

*Frontispicio* (31) alude al 'sector pechugón' de la señora a la que le introduce un niño el lagarto[25].

*Loquería* (19) no es más frecuente que «manicomio», pero se emplea aquí.

*Malsinas* (99) es una palabra poco habitual en el lenguaje de la calle.

*Monises* (21) por 'dinero', es una deformación del inglés, corriente como vulgarismo.

*Pasma* (26) por 'policía' pertenece al lenguaje marginal.

*Pateta* (13) se emplea para aludir al diablo, es una forma familiar si bien no muy empleada ya hoy.

*Primogénito* (102) no resulta raro para nadie, pero conviene diferenciar entre lo que uno, como oyente, comprende, y lo que como hablante, dice. Aquí resulta extraño emplear *primogénito,* cuando lo más común sería 'hijo mayor'.

*Punitivas* (116) resulta raro junto con el sustantivo «audacias».

*Remaneció* (33), es decir, 'apareció de nuevo e inopinadamente'[26].

23 Los datos sobre el habla de Argentina me los ha proporcionado mi amigo Marcelino Cotilla Vaca, a quien le agradezco la precisión. También me comenta que el infijo *-ej-*, presente en *sobajear*, tiene un gran empleo en el lunfardo, con valor despectivo e iterativo.

24 Existe en el *DRAE* con el significado de 'arder o arderse'.

25 Resulta cómico aplicar un término de la arquitectura a la anatomía femenina.

26 El verbo «remanecer» no es nada frecuente ni extendido en la actualidad. A. Zamora Vicente lo emplea con cierta profusión pues además, de la página citada, aparece también en 40, 71 y 77.

*Remusgaño* (32) y su similar *remusguillo* (51)[27] no aparecen en el *DRAE*.

*Tafanario* (77), por más que el *DRAE* lo marque como familiar, es un término de uso raro, empleado para significar 'nalgas'. Zamora Vicente lo emplea con total exactitud en la frase «lamiéndoles el tafanario»[28].

En suma, se da una mezcla de palabras cultas, sorprendentes en boca de personajes que no alcanzan un nivel tan elevado, con voces jergales y desusadas por arcaicas. A la vez, se recurre a términos poco comunes por tener una carga enormemente despectiva, pese a su formación impecable y su inclusión en el *DRAE*, como es el caso de *loquería*.

Más interés tienen determinadas formaciones de palabras, en las que la afijación consigue resultados sorprendentes, más la composición y, por otra parte, los neologismos, relativamente abundantes en la obra de Zamora Vicente, factor que es siempre innovador. Veamos en primer lugar los casos de afijación.

La afijación apreciativa —negativa o positiva— en los *Cuentos...* (y en toda la obra de Zamora Vicente) tiene un gran interés:

*-Azo*: *linvingazos* (77)[29], *personajazos* (44), *sabiazos* (61)[30]
*-Ejo*: *tipejo* (103)
*-Ico*: *el vellico de punta* (32)[31]
*-Illo*: *Ajualillo* (12)[32], *satanasillo* (50)
*-Ino*: *regalinos* (40), *gilipollinos* (102)[33]
*-Ito*: *apostita* (50), *aprisita* (18), *vecinito* (51)[34]
*-Ón*: *bondadosón* (41), *familión* (130)[35], *un jodión cataplasmero* (44)[36], *jubiladón* (80), *mozallones* (17) *mozangallonas* (99)[37], *revoltosón* (50), *sapientón* (51)[38], *tabarrón* (51), *tosón* (103), *vecindonas* (12)

27 Sí existen, por el contrario, «remusgar» y «remusgo», que significan 'barruntar, sospechar' y 'barrunto o vislumbre que se tiene por algún indicio'. Vid. *DRAE*, 22ª edic., 2001.

28 Hay un interés por rehuir término soeces, para ello Zamora Vicente se sirve, como en este caso, de sinónimos que obligan a acudir al diccionario. Así se evita una forma más vulgar del tipo «lamer el c...». Sin embargo, si «lamiéndoles el tafanario» significa literalmente «lamiéndoles las nalgas», su sentido no es el de una frase hecha como parece indicarse aquí. La frase completa es. «Llegó la poli militar de ellos y se los llevó al hotel, en directa, lamiéndoles el tafanario a base de bien». Lo que la «poli» hizo fue darles zurriagazos en las nalgas, y no «lamerles las nalgas».

29 Sobre el inglés «living» surge la forma españolizada que aquí indica tamaño.

30 El sintagma completo es «sabiazos del ancho mundo», por lo que el término de «sabiazos» adquiere un relieve mayor, irónico por supuesto. Hay que pensar en la parodia de la célebre frase «proletarios del mundo entero, uníos».

31 Por 'los pelos de punta'. Resulta irónico.

32 La base es «ajuar», con trueque de *-r* en *-l* en este caso.

33 El sufijo *-ino* tiene una gran vitalidad en Extremadura, región que conoce muy bien el autor, que fue catedrático en el Instituto de Mérida y publicó un conocido estudio sobre el habla de esa ciudad y su contorno. Sin embargo, nunca he oído *gilipollinos* a nadie en Extremadura, región en la que vivo desde hace ya 30 años. La formación de la palabra nos remite, por su forma, a los *pollinos*, es decir, los 'burros' y también los 'ignorantes'. Es una connotación que no tiene la base de *gilipollas* y que adquiere el derivado gracias a ese sufijo.

34 El «vecinito» es el propio don Alonso, al que se alude con un tono despectivo, de igual manera que es un «sapientón». En ambos casos, la carga afectiva es negativa.

35 Estas formaciones parecen viables, se acomodan a un funcionamiento que se apoya en unas bases del tipo: *jubilado, toser, familia*. Sin embargo, esas bases no producen tales palabras en la lengua española. No obstante, el lector no tiene ningún inconveniente en percibir esas formaciones como derivados populares.

36 El aumentativo es una recreación del autor. Desde «jodido» se puede pasar a la forma «jodío» con elisión de la -d- intervocálica, pero no al aumentativo que implica un cambio de estructura acentual.

37 La base es «mozo».

38 Es una formación sobre la base del culto 'sapiente', participio de presente latino, fórmula que los escritores más agudos han sabido explotar bien en español.

-*Orro*: *tercorro* (29)[39]
-*Uela*: *Yerbezuelas* (85)[40]
-*Uza*: *grasuza* (76)[41]

La afijación apreciativa nos lleva a hallazgos sorprendentes en muchas ocasiones[42]:

-*Ada*: *Chuscada* (31), la cualidad de 'chusco'.

-*Ano*: *Chuchánganos* (119) es forma similar a «fulángano». Aquí resulta despectivo al señalar a los «chuchos» (=perros), *fulángano* (78) es peyorativo de «fulano»[43].

-*Arra*: *Memarra* (52) es un intensificador sobre 'mema'.

-*Azo*: *Carreterazos* (73) es la manera de señalar los muertos en la 'carretera', formación similar a la de 'hachazo', 'golpetazo' y similares. Para que no haya dudas, el texto es el siguiente: «Epidemia de suicidios, asesinatos y carreterazos, tenemos muy surtido el gorigori nacional». El término es muy expresivo. Lima las asperezas el escritor al señalar las muertes, como si fueran una «epidemia», insertas en lo que llama el «gorigori», voz del ámbito coloquial empleada para indicar el canto fúnebre.

-*Dad*: *Ancianidad* (144) equivale a 'vejez', *ranciedad* (30), empleado con una exactitud admirable en el sintagma «linaje y ranciedad de mi apellido», pero que juega con las connotaciones de «rancio».

-*Ear*: *Escarabajea* (125) funciona como los derivados del tipo -*ear*. Existente como palabra, si bien no muy frecuente como verbo. *Loquear* (143)

-*Eo*: *Esqueleteo* (57) presupone un 'esqueletear' ('mover el esqueleto'), similar a 'bailoteo', *pispajeo* (42), sobre una hipotética forma de *pispajear, que tiene un valor aminorativo grande por dos razones: el propio término de «pispajo» en primer lugar, y, además, el sintagma en el que se encuentra: «Tito Javi atesoraba premios nacionales por diversas conmemoraciones. Ya se lo imagina usted, ese pispajeo de centenarios, cincuentenarios, sexquicentenarios y demás armas al hombro», *choqueteos* (74) sigue el esquema de «bailoteo».

-*Era*: *Mearrera* (12), sobre la base de 'mear'[44].

-*Ero*: *Chancero* (42), aficionado a las 'chanzas', *cinero* (111) alude al aficionado al cine, forma no empleada aunque no nos sorprende una similar del tipo «peliculero», *diablero* (51) no tiene nada que ver con el 'diablero' que recoge el *DRAE*, 'Operario encargado de la máquina de cardar llamada diabla', sino con el 'diablo' sinónimo de 'demonio'.

-*Ez*: *Fiambrez* (72) 'muerte', significado vulgar de 'fiambre'[45], *melonez* (43), *moribundez* (72), sobre 'moribundo' es fácil de entender, pero es un término que no

39 Por si no bastara, explica el escritor que es «cabezorrón del ole», con un tipo de sufijación coincidente y negativo.

40 El sufijo es despectivo, como el de «bestezuelas» y similares.

41 De 'grasa', como de «gente» «gentuza».

42 No establezco subdivisiones porque en una obra tan reducida como los *Cuentos...* no es preciso, pero un análisis pormenorizado de la obra de Zamora Vicente lo exigiría.

43 Cfr. Con otros términos recogidos en el *DRAE* del tipo *curángano*, que es un despectivo de «cura».

44 A. Zamora Vicente no excluye palabras del dominio escatológico (voz ésta que probablemente él no emplea). Este sufijo en -*era* carece de masculino, es, pues, distinto del -*ero* siguiente que posee variación genérica.

45 A. Zamora Vicente tiene el humor de burlarse del uso de estas palabras: «Escúchame: eso de la moribundez y la fiambrez, ¿te lo has sacado de la mollera tú misma...? (...) Pues no, no me las he inventado yo! ¡Figuran en el Diccionario de la Real Academia Española!». No es cierto que aparezcan en el *DRAE* (vid. incluso la 22ª edic. de 2001), y A. Zamora Vicente, que es académico, lo sabe muy bien.

se emplea en nuestra lengua pues supone una característica de un campo en cierto modo tabú[46], *selvatiquez* (30), cultismo existente en español.

*-Icio*: *Burricio* (102) alude a la calidad de «burro» en sentido intelectual.

*-Il*: *Lebratil* (40), de 'lebrato', referido a la 'liebre'. Derivación culta.

*-Ismo*: *Faraonismos* (20), formación correcta sobre el sustantivo, pero que resulta extraña en español, *melonismo* (65) es la cualidad del 'melón'[47].

*-Iza*: *Acagadiza* (48) con el valor de 'miedosa', 'acobardada'. Formación muy expresiva[48], *cachizas* (77) se relaciona con 'cachetes', 'cachetazos'. Es similar a *chuletizas* (71) sobre el 'chuleta' de 'chulo', inexistente en español.

*-Izar*: *Desfantamizar* (84) opera sobre la base inexistente de *fantasmizar. Los mecanismos de creación de palabras permiten la comprensión de la nueva voz.

*-Ncía*: *Quebrancías* (75) se apoya en 'quebrar', 'quebrante' y adopta una sufijación *-ncía*, del tipo 'mercancía', para crear sufijos abstractos. Es palabra inexistente en español.

*-Ncia*: *Camelancia* (122) se apoya en «camelo» y crea una forma comprensible en español, pero inviable según las normas, que exigen una base *-nte* para crear los abastractos en *-ncia*, *suspirolancia* (92) recrea una base «suspiro» con un sufijo que alarga la palabra gracias a un interfijo fundamental para dejar la base reconocible.

*-Ndo*: *Cizañando* (145), verbo sobre la forma «cizaña», *nalgueando* (99) presupone un verbo *nalguear, inexistente, *pedanteando* (69) exige una forma *pedantear, inexistente en español, aunque posible desde la base de «pedante».

*-Nte*: *Estornudante* (76) y *sapientes* (139) son cultismos de participio presente.

*-Oide*: *Maricoide* (118) potencia con el sufijo *-oide* la base en la que se apoya.

*-Orio*: *Cagatorios* (71)[49], *sentatorio* (125) es un pseudocultismo, pues no existe *sentator, sino asiento. La comprensión está asegurada con la forma «sentar».

*-Oso*: *Alabancioso* (20), sobre 'alabancia', voces no muy frecuentes en el español actual, *soberbiosa* (101) incide en la calidad de 'soberbia', forma que también puede ser un adjetivo, pero que Zamora Vicente rechaza en este texto.

*-Sis*: *Carenosis* (60) es un invento sobre 'carenar' con el sufijo culto que significa enfermedad[50].

*-Uno*: *Lobuno* (21) tiene una formación correcta en español, pero aludir de semejante forma al 'perro' es raro: «el lobuno del portero». No hay equívocos del tipo «el burro de Juan». En este caso se trata del 'perro del portero'.

*-Urrio*: *Bodurrios* (71)

Dentro de la afijación, habría que destacar dos formas construidas con el prefijo *des-*:

46 De igual modo, tampoco se acepta *funebrez, *cadaverez, *comatez, *muertez (la mortandad es otro concepto), etc.

47 Entiéndase en el sentido de 'persona necia'. Ocurre lo mismo con la *melonez*.

48 Su equivalente más próximo sería «cagada de miedo», forma que Zamora Vicente rehúye para sorprender al lector.

49 Es un calco de «bodas, bautizos y banquetes» reclamo de muchos «salones y restaurantes», pues la frase aparece de este modo: *Bodas, bodurrios y cagatorios*.

50 Carenar es 'reparar un barco'. Es muy irónico en el texto porque una mujer ignorante cree que la carenosis es una enfermedad. Puede entenderse, con un guiño, como si esa mujer también necesitara ser 'reparada'. Cfr. Con «psoriasis», «diuresis», «micosis».

*Desfantasmizar* (84) y *desolores* (98) creación sorprendente en el mundo real, pues no estamos habituados a *desoler lo que se ha olido, mientras que sí podemos «desoír» lo que se ha oído[51]. En cambio, sí podemos *desfantasmizar* en el caso de que alguien o algo esté **fantasmizado*.

Hay que detenerse en los neologismos de estas formas, pues son los que nos marcan la creación de Zamora Vicente, o lo que es lo mismo, el grado de intervención meditada, culta, nada popular, del escritor: *acagadiza, burricio, cachizas, camelancia, carenosis, carreterazos, chuchánganos, chuletizas, cinero, desfantasmizar, desolores, esqueleteo, estornudante, fiambrez, lebratil, mearrera, melonez, melonismo, memarra, moribundez, nalgueando, pedantear, pispajeo, quebrancías, sentatorio, soberbiosa, suspirolancia.* Son muchas las formaciones. Esto no se explica como propio de la lengua «oída» en la calle. Estamos ante un escritor que maneja unos recursos lingüísticos con una habilidad tal que nos los hace pasar *como si* fueran coloquiales. No lo son, en absoluto. El empleo de las formas del tipo de participio de presente constituye una muestra de que estamos ante un escritor que busca la exactitud. Los participios de presente, sabiamente dosificados, muestran un registro cultísimo. No olvidemos que Zamora Vicente es un buen conocedor de Valle Inclán, uno de los escritores que mejor ha empleado estas formaciones.

Un interés especial tienen las formas compuestas, entre las que podemos contar las propias de la composición y aquéllas que encajan en la acronimia, que no deja de estar configurada como una composición, en la que los elementos básicos se reducen[52]. Podemos incluir en un solo bloque todas estas formas, a sabiendas de que los procesos de formación de palabras son diferentes. De lo que se trata aquí no es de establecer unas diferencias metodológicas, sino de analizar la prosa de Zamora Vicente. Entre las formas localizadas se encuentran las siguientes:

*Antiavellanedofrescalista* (102)
*Cuatro mil y tantas garrafas* (26)
*Eslipincelular* (77)
*Friolencias* (48)
*Frutos bípedo-copiosos* (103)
*Maladiestrado* (80)
*Mininacional de lejías* (25)
*Olor-expelentes* (96)
*Olor-receptores* (97)
*Parliflautín* (118)
*Petrodirigida* (70)
*Pintología* (60)
*Protestario* (51)
*Putaestrase* (23)
*Putibar* (112)
*Semoviente* (68, 119)
*Tan... tan... tantan como tú lo pintas* (84)

51 Entiéndase en el sentido de 'no hacer caso' como en «no desoigas los consejos». En sentido estricto, lo que se ha oído no puede ya dejar de haber sido oído. Pero, mientras *desoír* existe, *desoler es un neologismo.

52 Diferencio entre siglas y acronimia, conceptos que a veces se emplean de manera indistinta. La acronimia (conocida también con otras denominaciones) consiste en la formación de nuevas palabras mediante la unión de los extremos de otras dos (son escasas las formaciones de tres), del tipo «muñecolates», «forgendro», «tragicomedia».

*Tantalicio* (32)
*Tontilocos* (139)
*Trastornos digestivo-gramaticales* (142)
*Zorriplastas* (50)

Las creaciones de Zamora Vicente son, en algunos casos, unos excelentes hallazgos. En el caso de *antiavellanedofrescalista* el escritor se basa en los apellidos de la familia para construir una palabra de extensión desmesurada, insólita en español, con diez sílabas, con lo cual rompe el equilibrio de la frase. Las *cuatro mil y tantas garrafas* alteran la secuencia esperada de *cuatro mil y pico. Con ello, Zamora Vicente distorsiona esa cantidad indefinida[53]. El *eslipincelular*, comprendido como un «coche celular» es un neologismo formado sobre el inglés *sleeping* y «celular», con el sobreetendido de que *sleeping car* es 'coche cama', pero si cambiamos esa 'cama' por la idea de «celular», el significado varía totalmente. Las *friolencias* son un cruce de «frío» más las «violencias», un acrónimo de Zamora Vicente como sucede con *protestatario, semoviente, tantalicio* y *zorriplastas*. La forma de *protestatario* se debe a las bases de «protestante» y «contestatario»[54]. El *tantalicio* es magnífico porque se explica todo y nada. Las palabras básicas son 'Tántalo' y 'suplicio', y como se presupone de comprensión difícil, Zamora Vicente explica: «¡Un tantalicio, o sea, el suplicio de Tántalo, de que hablan los periódicos...![55] Las *zorriplastas* son 'aplastadas como zorras' por el contexto ya que el (mal) bailarín les pisa los pies, y quedan *zorriplastas*. Hay compuestos con modelos muy claros como es el caso de *putibar*, que tiene un referente conocido en «puticlub», o *putaestrase*, calco de «puta calle». Son muy atractivos los *frutos bípedo-copiosos* para designar a los 'hijos' y los *trastornos digestivo-gramaticales*[56], construidos de manera idéntica. De manera similar están los *olor-expelentes* y los *olor-receptores*, creaciones muy expresivas. La parodia convierte a las conocidas 'multinacionales' en *mininacionales de lejías*. La formación con 'temas' clásicos no está ausente: *petrodirigida* y *pintología*[57]. Por último, las reduplicaciones del *tan* terminan por fundirse en un *tantán*.

Todo este complejo de formas compuestas nos evidencia que estamos ante un escritor muy refinado y culto. No debemos engañarnos con las expresiones del *putibar* ni de la *putaestrase*. Zamora Vicente recurre a los procedimientos más cultos y variados para alcanzar sus objetivos. Obsérvese bien esto en construcciones como:

Ni prótesis ni apódosis (143)
No quiere saber ni pío de momias ni de momios (65)
Un estornudo macho (85)

53 Nos encontramos en el límite de una frase hecha: «mil y pico», cambiado aquí en «mil y tantas», en las que se puede encontrar un valor de superlación en ese «tantas», con lo cual aumentaría el número de las garrafas.

54 Un personaje dice «protestante» para aludir a la 'protesta', pero en el texto se confunde no con los que protestan, sino con los miembros de la religión protestante. De ahí la corrección que trata de evitar el término de «protestante» con un neologismo que surge de las dos bases, y que, encaja como si fuera de lo más correcto: «¡Protestario, Fabiana, habla bien o saldrás censurada en los periódicos...!

55 El escritor nos proporciona las bases del acrónimo, pero es irónico suponer que de eso hablan los periódicos. Además, si el lector ignorante quiere conocer cómo fue ese suplicio, ha de acudir a un diccionario especializado «por más que los periódicos hablen del 'tantalicio'».

56 El propio escrito tiene que explicar en qué consisten tales trastornos. Es una hernia de «hiato», palabra que tiene significados dentro del campo de la medicina y de la gramática. Eso le permite proseguir con el disparate y decir que «Seguro que le acribillan a inyecciones y a ablativos absolutos».

57 La formación es exacta, pues *petrodirigida* es 'dirigida por petróleo', que aplicada a la extinción de las gaviotas tiene plena comprensión. La *pintología* indica la 'pinta' (=aspecto)

En las que se ríe de las *prótesis* (médicas), confundidas con las construcciones condicionales, junto con las formas con moción genérica (*momias y momios*)[58] y los estornudos ¡*machos*![59].

Y ya para ir terminando podemos señalar la conclusión que, a la luz de estos casos, parece clara. Don Alonso Zamora Vicente dispone en esta obra (y en las demás también) de una apariencia de lenguaje coloquial, como si se limitara a recoger lo que oye por la calle. Sin embargo, los recursos empleados, la imitación de lo que no sobresale ante un oído poco avezado, nos presentan a un escritor muy culto, a un orfebre de nuestra lengua. Resulta paradójico notar que las comparaciones, las frases hechas, los neologismos aparezcan como «naturales», como si pertenecieran al bagaje de nuestra lengua, sin advertir que es el escritor quien consigue, con una poderosa recreación, que todo aparezca de esa forma tan identificable con el lenguaje coloquial. La estructura oracional, las formas exclamativas, las interrogaciones, los puntos suspensivos nos llevan hacia la apariencia de un lenguaje coloquial; sin embargo, sus recursos son los de un escritor inmensamente culto. Como nos recuerda L. Romero Tobar:

> En toda la obra de Zamora Vicente la lengua es el núcleo generador de los resultados artísticos[60]

El lector queda fascinado por las historias —corrientes— de las que parte el escritor (por más disparatas que sean en su desarrollo), pero es la manipulación de la lengua la que se pone al servicio de tales historias. Sin la manera de contar tales relatos, el resultado no sería el mismo. Don Alonso dosifica los recursos y lanza un guiño a un lector cómplice, capaz de entender los *tantalicios* y similares, que, por más que se nos diga, no aparecen en los periódicos.

Puede resultar paradójico, pero Alonso Zamora Vicente es un escritor culto, con infinidad de recursos de un profundo conocedor del idioma que, por el empleo del diálogo, el tipo de personajes que aparecen y las formas y estructuras propias del lenguaje coloquial, da la impresión de ofrecernos una lengua de la «calle» en el sentido de «la que se oye». Nada más lejos de semejante apreciación.

58 Recuérdese los modelos «la trucha y el trucho» y similares.

59 Es el estornudo procedente de un hombre, de ahí lo de macho.

60 *Op. cit.*, pág. 11.